



Buenos Aires y otros cuentos

Cajas voladoras

Él toca el timbre. Es el último departamento del último piso y por eso larga un suspiro de alivio; hasta quizás ya imagina qué hará el resto del día. Si bien ya pasaron tres años desde que su padre le pasó el trabajo de fumigador, legado que él aceptó a modo circunstancial hasta que termine la facultad, todavía le resulta soportable su tarea diaria. Le alcanza para el alquiler del monoambiente, los apuntes y fotocopias, los libros, el cine de los miércoles y las fiestas alternativas que le gusta frecuentar, aunque ahora que llegó a los 25 años se empezará a replantear ciertas cosas.

Se abre la mirilla de la puerta y una pupila espía desconfiada. Él hace un medio giro para mostrar la mochila amarilla con el líquido antibichos que porta en su espalda y en forma inmediata el clic de apertura de la cerradura abre paso a la sonrisa excesivamente impostada de la dueña de casa.

—Adelante, por favor—. Ella luce unas zapatillas deportivas un poco gastadas, unas calzas negras con vivos rosas fosforescentes y una remera muy larga y de gran escote que permite ver uno de sus hombros.

Él acepta el gesto de torero que hace ella con el brazo para invitarlo a entrar, pero se tropieza con un par de cajas de cartón grande que están en medio del living. Se parece a la señora Isabel, piensa él. Enseguida se da cuenta de que toda mujer que tenga entre 40 y 45 años siempre le parece similar a esa maestra de séptimo grado que le inspiró sus primeras poluciones nocturnas.

—Menos mal que viniste, Ariel. Me tienen loca las cucarachas voladoras —dice ella con un tono tan jocoso que pareciera estar contando sus últimas vacaciones en el Caribe.

El se pregunta cómo ella sabe su nombre, pero recuerda avergonzado que su mamá, como si fuera un niño del jardín de infantes, le cosió las palabras “Ariel Pérez Carmona” en su camisa Ombú. Él nunca cuestiona a su madre.

—¿Se está mudando? —pregunta él para romper un poco esa tensión de ser un extraño en la intimidad de un hogar ajeno. Ella borra la sonrisa en forma abrupta. Él repasa con la vista las cajas en el suelo, las manchas en la pared de los cuadros que ya no están y la falta absoluta de portarretratos. No es mala su hipótesis. Para minimizar su aparente infidencia, le pregunta dónde está el baño.

—Las rejillas del baño son las preferidas por las cucarachas. Suben por las cloacas —dice convencido Ariel para dar seguridad a la eficacia de su trabajo.

Al tirar el veneno en los rincones, un desagradable olor comienza a invadir el departamento. Pero Cristina, vamos a suponer que se llama así, no parece sentirlo. Ella solo lo mira trabajar apoyada en el marco de la puerta con una taza de café en la mano. El siente los ojos de ella que se posan en su nuca, en su espalda y en su...

—Perdón. Qué descortés que soy. ¿Querés un café? Tengo recién hecho—.

El asiente con la cabeza porque ya se puso el barbijo en la boca.

—Solo me faltan tus tetitas mi muy cochina —dice él apenas audible, pero suficientemente fuerte para que Cristina, quien estaba yendo a la cocina a servirle la taza de café, abra los ojos de un modo exorbitante.

—¿Cómo decís?

El se baja el barbijo y repite:

—Solo me faltan tus rejillas de la cocina.

Ella suspira. No sabemos si de alivio o desilusión.

No le lleva más de tres o cuatro minutos a Ariel terminar su trabajo. Cristina lo espera sentada en la gran mesa del living con una gran taza de café bien humeante que tiene el dibujo de una playa y la palabra Cancún. Él se saca delicadamente la mochila amarilla y dobla con sumo cuidado el barbijo, del mismo modo que su madre le enseñó de niño a doblar los pañuelos de tela.

—Lindo, ¿no? Dicen que las playas son paradisíacas —comenta Ariel tomando la taza de café y señalando el dibujo.

Ella lo mira fijo unos segundos y comienza a llorar. Primero es un llanto suave, dulce casi de niña, pero luego gana intensidad hasta llegar a unos espasmos que preocupan a Ariel.

Él se levanta con desgano para tratar de consolarla pero ella lo frena con una mirada de pupilas dilatadas.

—Perdoná. Ese fue nuestro primer viaje. Pensé que la había tirado.

Él saca un pañuelo blanco de su bolsillo y se lo alcanza.

—Son cosas que pasan. Cada pareja un mundo, ¿no? —Él no sabe por qué dice esa frase sin sentido.

—Estoy bien, gracias. Hace dos meses que convivíamos —dice ella en una pausa de los espasmos de llanto.

—Ah... pensé que era una relación más larga.

Ella vuelve al llanto estrepitoso, ruidoso. Le gusta llorar, es su modo para deshacer sus emociones como si fueran unas frutas en la licuadora.

—Intensa, no larga. Por él, dejé a mi esposo después de 20 años. Mi hija no me quiere hablar. Yo me la jugué. Dejé todo por él y mirá...

Ella revuelve el contenido de su cartera que está en medio de la mesa junto a un florerito de lavandas hasta encontrar el teléfono celular. Le muestra una foto.

—¿Es tu hija?

—No, es la nueva novia. Ya tiene nueva novia y postea fotos con ella todo el día. Tiene tiempo para estar con ella y no para venir a buscar los cuatro petates que le quedaron acá.

Apenas ella dijo la palabra “petates”, él no pudo evitar recordar a Susana, la madre de su mejor amigo de la primaria, quien él adoraba ver con su vestido floreado juntar quinotos del árbol del fondo cuando iba a jugar a su casa. “Nadie se va hasta juntar todos los petates” era su frase de cabecera.

—Deberías vengarte —dice ahora él creyendo en esa máxima popular del amor.

—¿Cómo?

—Sí. Yo, en tu lugar, también haría un posteo con algún tipo para que sepa que lo olvidaste y que ya no te importa. Hay que tener un poco de orgullo. Quererse —agrega él convencido de una verdad que vaya uno a saber de dónde sacó.

—¡Qué gran idea! —dice ella con un repentino entusiasmo que se diluye en un silencio que confiesa no tener a nadie en su vida para ocupar ese personaje.

Como un cielo de nubes negras, Ariel intuye que se acerca un nuevo espasmo de llanto y agarra el teléfono de ella, se acomoda a su lado y saca una selfie juntos.

Sonríe satisfecho. Siente la felicidad de ayudar a alguien y también la excitación de tener al doble de su sueño de la primaria tan cerca de él. Pero ella mira la foto con desdén.

—Se ve la camisa de trabajo. No es muy creíble ni creo que le despierte muchos celos.

—¿Querés que me cambie? —pregunta él.



Ella asiente con la cabeza y en forma inmediata se para, abre una de las cajas de cartón y saca una camisa a cuadros celestes con cuello azul.

Él distingue que es una camisa muy fina y costosa. Le llama la atención su liviandad. La mira a ella como preguntándole si debe ir al baño a cambiarse, pero dado que ella ni se inmuta decide sacarse ahí mismo su camisa de trabajo.

Ella escudriña con su mirada las formas que hace el vello en el pecho de él, como cuando era chica y buscaba formas conocidas en las nubes. También distingue un tatuaje en su brazo derecho con el nombre de “Amalia” que ella presume que es el nombre de su madre.

Nueva selfie y nuevo gesto de desilusión en el rostro de ella.

—No es suficiente. Me parece que no es buena idea esta —agrega ella.

Él no quiere desestimar su idea o no quiere dejar que se esfume ese deseo del pasado que se hizo presente. Agrega:

—Pensá algún lugar de la casa que sepas que le va a molestar ver a otro hombre ahí.

A ella se le ilumina la mirada:

—Y bue... en la cama. Y que aparezca de fondo esa lámpara de mierda que compró en Buenos Aires Design que es lo único en lo que invirtió conmigo el muy turro.

Ariel asiente con la cabeza:

—Sí, creo que es buena idea. Tenemos que ser bien realistas para que funcione.

Las nubes de llanto en el rostro de ella dejaron lugar al entusiasmo. No sabemos si de la excitación o de la venganza.

—Dame un minuto que acomodo todo y hacemos la foto en la cama.

Ella se va saltando como si tuviera seis años hacia el cuarto del fondo.

Él se queda solo en el living. El recuerdo de la seño Isabel se esfuma en su memoria pese a que él frunce la frente tratando de retenerlo. Se mira en el gran espejo de la pared. Siente que le queda muy bien esa camisa. Hasta le parece que portar esa prenda tan fina y costosa le ofrece otro ímpetu, otra decisión. Ahora entiende esa altivez que poseen las personas que pueden vestirse con ropas bien costosas.

Le toma un minuto agarrar la mochila de fumigación y salir sin despedirse.

Apenas retumba en el ambiente el ruido de la puerta al cerrarse, aparece ella. Ya no viste la remera larga y escotada, sino una blusa bien ajustada que resalta sus pechos.

—Cobarde. Te escapaste como cucaracha voladora —grita ella aunque sabe que nadie la escuchará.

Nada queda de ese encuentro recién vivido por ellos, salvo la camisa ombú color marrón caqui colgada de una de las sillas del living. Ella la toma y la huele. Tiene ese olor a veneno químico tan típico de Ariel. Ella suspira, la dobla cuidadosamente y la coloca en una nueva caja de cartón a la que le escribe el nombre “Ariel”.

“Buenos finales”

El inicio de todo fue una traición y quizás parte de lo que sucedió después, tenga que ver con mi intento de que el final no estuviera también definido por la misma falta.

Me había enamorado de la hermana de mi mejor amigo del barrio. Y eso, para el grupo de pibes que parábamos a la salida de la Escuela Técnica en la esquina de Laprida y Frías era un delito imperdonable.

En esas charlas de ochava se analizaban todas las tácticas y estrategias de conquista femenina. Se probaban, se enumeraban, se perfeccionaban. Era una escuela informal de seducción. El radio de acción

eran todas las jóvenes de 14 a 17 años que vivieran a diez cuadras a la redonda, con una única excepción: el lazo sanguíneo directo. Primas se podía. Amigas se podía. Compañeras de inglés o de dibujo se podía. Pero era una prohibición absoluta las hermanas. Una vez que mis viejos se fueron el fin de semana afuera, Diego se quedó a la noche en mi casa. Nos emborrachamos con licor de chocolate y mientras dormía, lo escuché murmurar entre sueños de polución el nombre de mi hermana. Lo decía clarito. Lo conté en el grupo de los chicos al día siguiente y en votación unánime no se permitió más la presencia de Diego en la esquina. Podía seguir siendo amigo nuestro y compartir otras actividades, pero fue desterrado de la escuela de seducción.

Si ustedes la hubieran visto en aquellos años a Marina Casavera, seguramente me dirían que era una joven que se merecía ser musa de todo tipo de transgresiones. Todos los chicos del barrio estaban detrás de ella y a escondidas le hacían propuestas amorosas de todos los colores. Pero todas las tácticas fracasaban ante ella. Quizás la razón de que se fijara en mí fue que era el único de todo el grupo que no intentó salir con ella. Cuando se acercó en aquella fiesta y solo porque le dije dos frases graciosas en el jardín del fondo del Círculo Católico de Obreros, me besó. Enseguida pensé que esa acción era solo una forma de demostrarse que no había hombre que se le resistiera y que aquel beso era debut y despedida.

Me equivoqué. En las semanas siguientes, ella empezó a mostrar que realmente se interesaba en mí y hasta me propuso que dejáramos de ocultarnos y nos mostráramos como novios.

—Propongo su expulsión. Es responsable del acto de traición a las buenas normas que rigen en este grupo —fue la frase con la que me recibió César, uno de los mayores galanes del grupo de la esquina. Silvio, el hermano de Marina, estaba allí pero no habló e incluso no me mostró una mirada fulminante.

Intenté defenderme. Hice una extensa disertación sobre la pureza del enamoramiento y de que si había amor de por medio no se podía juzgar de la misma manera los hechos.

El resultado de la votación no fue unánime. Silvio fue el único que no votó mi expulsión. Claramente el resto me estaba castigando por haber logrado yo, el menos exitoso del grupo, lo que ellos no pudieron.

Fue un noviazgo muy intenso de tres años, con muchas salidas, viajes y emociones que tuvo su freno en la frase:

—Me enamoré de Nicolás.

Era la primera vez que me dejaban. Era la primera vez que una chica que amaba decidía romper nuestra relación. Nicolás era un amigo de la primaria de mi novia. Era superfachero, seguro, con plata, destacado jugador de rugby de Pucará, pasaba más horas en el gimnasio que en la universidad y no había leído completo un solo libro en toda su vida. Era mi antítesis. Odiaba todo lo que representaba.

Quizás debía enojarme con Marina. Hacer un escándalo, hacerla sentir mal por el cambio de novio que hacía.

—Si realmente es lo que sentís, te apoyo. Hay que ir detrás del amor —fue mi respuesta. Quedó perpleja. Seguramente esperaba otra reacción mía.

Me fui con el corazón roto a mi casa. Lloré en soledad toda la desazón de que te dejen cuando seguís amando.

Con Marina Casavera seguimos en contacto varios meses más. Me llamaba cada dos o tres días para pedirme consejos o contarme las macanas que se mandaba Nicolás. No sé cuándo ni por qué me volví una especie de amigo gay. Desde ahí supe que hay que saber tener buenos finales. Los melodramáticos, ahora, son mis preferidos.